

El Claustro de la Universidad

por JORDI SOLÉ-TURA

Para los que no conocen los entresijos de la Universidad de Barcelona —la llamada «Universidad Central»— resulta difícil seguramente entender lo que está ocurriendo en el Claustro que ahora se celebra. Un rector en funciones que dimite, otro que le sustituye también en funciones, catedráticos que abandonan la sesión, problemas de quórum, etc.

Pero por debajo de esta aparente complejidad técnica, de este entrecocar de problemas corporativos y personales, lo que se está debatiendo es un tema de enorme trascendencia. Un tema que se podría enunciar así: ¿Cómo sacar a la Universidad de la crisis en que se debate? ¿Cómo hacer de la Universidad un elemento vivo de una sociedad que se renueva y avanza fatigosa y contradictoriamente hacia formas de convivencia más democráticas?

Explicar los aspectos de esta crisis, sus causas y sus manifestaciones nos llevaría muy lejos. Algunos de estos aspectos son generales y afectan a las instituciones universitarias de casi todos los países de Europa occidental. Otros son más específicos de nuestro país y provienen, sobre todo, de la forma en que ha funcionado la Universidad bajo el franquismo.

El actual Claustro

es un intento de salir de esta crisis. Intento únicamente, porque ni por su composición ni por el contexto general del país, el Claustro puede aspirar a resolver todo el problema de la Universidad. Pero si el Claustro no puede dar por sí solo la solución, es indudable que sin el Claustro, sin llevar a buen término las labores de éste, no hay solución posible.

El primer problema que tiene el Claustro actual es su propia composición. Esta responde a esquemas superados, y no tiene en cuenta los enormes cambios que se han ido operando en la propia institución. Los profesores no numerarios, por ejemplo, que constituyen el núcleo más numeroso del sector docente, están poco representados. Y los estudiantes todavía menos.

Corregir esto, llegar a una composición más acorde con lo que hoy es la Universidad parece que debería ser una de las primeras tareas del Claustro. Y digo parece porque no todos los componentes del mismo lo entienden así.

Hay quienes ven en las propuestas de nueva composición un peligro de ultrademocratismo que haga finalmente inviable el propio gobierno de la Universidad y de los propios

departamentos. Es, desde luego, un tema a discutir con calma. Y creo que por lo visto hasta ahora han sido precisamente los profesores no numerarios y los estudiantes los que más calma y más serenidad han aportado al debate, junto con algunos profesores numerarios que también han dado grandes muestras de realismo.

Pero hay otros que operan con criterios más cerrados. Para éstos, toda propuesta de cambio en la composición, todo proyecto que vaya en el sentido de la «paridad» —¡tremendo fantasma!— es un atentado intolerable a las posiciones adquiridas.

Y aquí se mezcla todo. Por posiciones adquiridas entiendo no sólo ni principalmente su estabilidad en la profesión —que esto nadie lo discute— sino sus posiciones de autoridad. De una autoridad que les ha sido dada y confirmada por un sistema que ha llevado a la Universidad a su crisis actual. Y ahí está el nudo de la cuestión.

Estamos, pues, ante dos proyectos. Uno consiste en mantener las cosas como están, en cerrar el paso a la indispensable reflexión colectiva, en mantener intacto el actual aparato institucional y los principios autoritarios que lo inspiran y

lo mantienen.

El otro intenta buscar vías de solución. No es pues un proyecto acabado, sino un proyecto de métodos de discusión y de reflexión que recojan las aspiraciones de la inmensa mayoría de los universitarios —docentes y estudiantes—. Los que preconizan esto están de acuerdo en algunos puntos básicos y difieren en otros. Pero coinciden en lo fundamental: en que hay que abrir la Universidad a nuevos aires, en que hay que sacar a concurso de todos o de la gran mayoría, por lo menos.

Los primeros, los que se oponen a toda renovación sería, harán todo lo posible por bloquear el Claustro. Los segundos, dentro de su diversidad, buscarán las vías para que el Claustro siga adelante y, a través de una discusión fecunda, llegue a un punto de acuerdo suficiente para dejar abierta la esperanza de renovación. Esto es lo que está en el fondo de los debates, más allá de los personalismos.

EL REVES DE LA MONEDA

La CNT

La CNT ha celebrado un mitin masivo en una plaza de toros próxima a Madrid. La idea triunfal que presidió la magna concentración del anarcosindicalismo español fue, a mi juicio, esta: «Se ha querido enterrar a la CNT demasiado pronto». Yo no sé si esto es verdad o no. Seguro que la oligarquía de siempre ha querido enterrar cualquier brote de movimiento obrero. Y en esta finalidad no ha distinguido nunca entre cenetistas, ugetistas o comisiones obreras. Pero lo cierto es que, aparte de testimonios heroicos de una grandeza humana y obrera escalofrantes, el antiguo sindicalismo cenetista —eje de la Historia contemporánea de los trabajadores españoles— no aparecía como protagonista colectivo y conocido.

Sin embargo, nunca perdió el espíritu libertario su llama y su fascinación sobre los restantes grupos políticos y sindicales. Es imposible hoy encontrar un socialismo libertador y autogestionario, antiestatalista y democrático que no mantenga en pie la bandera más impecable y fructífera del anarquismo. No sólo eso. Difícilmente hallaremos un movimiento juvenil entre la burguesía progresista que no reivindique también el ideal último de la sociedad soñada y querida por el movimiento libertario.

Yo me pregunto entonces: ¿tendría sentido hoy un anarquismo apolítico, antiparlamentario y antipartidista? ¿Cabría hablar desde una perspectiva obrera de un anarquismo enfrentado al socialismo y al resto de los partidos obreros? Cuando hombres como Peiró y otros muchos murieron por no colaborar con quienes les ofrecían un sindicalismo sin política, sin partidos, sin socialistas y sin libertad, el pujante cenetismo de hoy no tiene otro futuro que el de profundizar en el testimonio de sus dirigentes más lúcidos, que, ya en 1936, y pese a las traiciones y persecuciones de todos conocidos, lucharon por una política unitaria al servicio de la libertad de su pueblo.

J. A. GONZÁLEZ CASANOVA

EL REVES DE LA MONEDA

SINDICATOS

Si es que todavía caben los pronósticos en este confuso tiempo político que vivimos, hoy será un día para la historia. Hoy puede concluir uno de los capítulos más estériles y tristes del franquismo: el del sindicato vertical.

Todo parece indicar que hoy el pleno de las Cortes aceptará la existencia legal de los sindicatos libres. Morirán así los sindicatos únicos, obligatorios e inútiles que durante tres largas décadas constituyeron, antes que un mecanismo en la defensa de los intereses obreros o empresariales, un instrumento más al servicio del totalitarismo. Eso sí: una máquina poderosa dotada de grandiosos presupuestos de los que habrá que hacer el balance final.

Un sindicalismo fuerte, plural y verdadero es un ingrediente insustituible para una democracia y un instrumento imprescindible para el progreso social. Desde hoy, ¡Dios lo quiera!, ya será posible cuando el Pleno oficie el réquiem por el verticalismo caducado. Y desde mañana los centrales sindicales que

vienen operando en la tolerancia podrán poner manos a la obra y tratar de agrupar, coordinar y encauzar los legítimos intereses de las clases trabajadoras españolas. Al mismo tiempo, las agrupaciones patronales, todavía raquíticas e indefinidas, servirán de esperanza para un diálogo constructivo capaz de alcanzar el equilibrio laboral que tanto necesita este país de nuestras penas —muchas— y de nuestras alegrías —pocas.

¿Qué va a ser de la complicada, costosa y patrimonialmente bien nutrida máquina del verticalismo? Ahí estaba todo un tema para la controversia que, sobre el espíritu de la Ley, puede todavía originar notables confrontaciones y generar más de un conflicto. Veinticinco Sindicatos Nacionales, un Comité Ejecutivo, un Congreso Sindical, un Consejo Nacional, de empresarios y otros de trabajadores, son toda una superestructura que no será fácil desmantelar ni transformar, ni adaptar a las nuevas exigencias de la sociedad española.

MARTIN FERRAND



—¿Y qué será del futuro del Festival de Benicliff, que está patrocinado por Prensa y Radio del Movimiento? Lo organizará el I.M.I.T.